

QUINTA PARTE

I

Durante tres, cinco, diez, no sé cuántos días, corrieron los sucesos mansamente y como por carriles en el castillo de Pedralba, y sus campos y montes circunstantes, notándose en todo, cosas y personas, el impulso que les diera con firme mano la organizadora de aquella singular familia. Pero aún faltaba mucho para que la idea total de la noble señora se viera íntegramente realizada, porque las deficiencias de local no podían remediarse pronto; y en diversos detalles de organización surgían á cada instante obstáculos que sólo la constancia y buena voluntad de todos vencerían al cabo. La roturación de la huerta dió mucho que hacer, por la dureza del terruño y por la dificultad de dotarla de aguas. Como no era fácil ni económico traerla de la fuente por un viaje de arcaduces, se abrió un pozo, en cuya excavación no fué preciso ahondar más que veintitantos pies para encontrar agua abundante. A las dos semanas

de empezadas las obras, ya había varios bancales plantados de arvejas, alubias, coles y otras hortalizas de ordinario consumo. Provisionalmente se cercó la huerta con piedra y espinos. La pareja de bueyes no se hizo esperar, y á los tres días de aquellos trajines, ya sabía Urrea manejar á los pacientes animales, como si les hubiera tratado toda la vida. Pronto les tomó cariño, y no habría cambiado su compañía silenciosa por la de amigos de la especie humana, como tantos que había conocido en su primera vida.

Las faenas más rudas no abatían el ánimo del calavera arrepentido: el constante y metódico ejercicio corporal, si al principio le causaba fatiga, no tardó en fortalecerle. La idea de ser hombre nuevo se arraigaba tanto en su conciencia, que creyó haber criado nueva sangre, echado nuevos músculos, y hasta que le habían sacado todos los huesos viejos, para ponérselos flamantes. De su apetito no digamos: no recordaba haberlo tenido igual desde la infancia. Muchos días comía en el monte con el pastor, ó con los sobrinos de Cecilio (de quienes se hablará después); y aquella pitanza frugal y sabrosa, que le llevaban en un pucherete Aquilina, Beatriz, ó la misma Condesa, le sabía mejor que los más refinados manjares de las mesas cortesanas. Pues cuando improvisaban cena ó almuerzo á

aire libre, cocinando con escajos y palitroques, sobre un trébede, en la sartén del pastor, unas rústicas migas ó cosa tal, el hombre gozaba lo indecible, y daba gracias á Dios por haberle llevado á la vida salvaje. ¡Y luego el sosiego del espíritu, la paz de la conciencia, la seguridad del mañana...! Nada podía compararse á semejantes bienes, nuevos para él. Todo cuanto del mundo conocía, de un orden distinto radicalmente, pareciale una pesada broma del destino. Porque la vida de ciudad, durante los años que á veces sin razón se llaman floridos, de los veinte á los treinta, ¿qué había sido más que suplicio sin término, humillación, ansiedad, y cuanto malo existe? ¡Bendito salvajismo, bendita barbarie, que le permitía lo más elemental, vivir!

Los Borregos, que así nombraban á los dos sobrinos de Cecilio, trabajadores á jornal en la finca, fueron los primeros compañeros de vivienda del improvisado salvaje, y no tardaron en ser sus amigos, maestros también en todo aquel rústico manejo. Más bárbaros no los había criado Dios; pero tampoco más sencillotes ni de corazón más noble y sano. Al principio, la epidermis moral de Urrea se lastimaba un poco al rozarse con la corteza dura de aquellos infelices; pero no tardó en criar callo, y si él al contacto se endurecía, los otros indudablemente se suavizaban. Por las noches, al tumbarse so-

bre la paja rendidos, en el breve rato que al sueño precedía, charlaban los tres, explicándose cada cual según sus luces, y allí vierais confundida la barbarie y la cultura, el fácil discurso y la jerga torpe, la inteligencia y la superstición. El Borrego mayor, chicarrón de veintidós años, despuntaba por su guapeza descocada y algo insolente; no sólo se conceptuaba hombre capaz de medirse en buena lid con el más pintado, sino que en lo tocante al oficio de labrador no daba su brazo á torcer ni á los más peritos. Todo se lo sabía; jactábase de conocer los secretos de la tierra y de la atmósfera. Planta que él hincara en el suelo, de fijo arraigaba y crecía como ninguna. Había inventado sin fin de reglas de fisiología vegetal, de las cuales ni una sola fallaba, según él, en la práctica. Sobre la fecundación, sobre las épocas de siembra y trasplante, y la influencia misteriosa de las fases de la luna en la vida de las plantas, contradecía con el mayor descaro el criterio de los labradores viejos, defendiendo el suyo con arrogante terquedad. Á Urrea le encantaba este carácter inflexible, tenaz, basado en un furibundo amor propio. Y más de una vez se preguntó: «En otra esfera, con otra educación, Bartolomé, ¿qué sería?» El segundo Borrego era lo contrario de su hermano, humilde, de voluntad perezosa, que fácilmente se amoldaba á la voluntad ajena,

corto de palabras, algo melancólico, curioso y preguntón. Gustaba de que le contaran guerras, aventuras y sucesos extraordinarios, y se enloquecía con las estampas, toda suerte de muñecos pintados, aunque fueran los de las cajas de cerillas, que le parecían tan hermosos como á nosotros los cuadros de Rafael y Velázquez. Y Urrea se decía: «Isidrico en otra esfera y educado como los muchachos finos, ¿qué sería?»

Con estas reflexiones estudiaba José Antonio la Humanidad, al paso que obtenía de la observación de la Naturaleza útiles enseñanzas. En su anterior vida, no se había fijado en multitud de fenómenos que le causaban maravilla. Hasta el cielo estrellado, en noches claras y sin nubes, atraía su atención como cosa nueva y desconocida. Lo había visto, sí, infinitas veces; pero nunca lo había visto tan bien, ni recreándose tanto en su hermosura. Con esto, nuevas ideas iban sustituyendo á las antiguas, que al modo de hoja seca se caían y eran arrebatadas por el viento. Y todo el nuevo retoño cerebral venía fuerte, anunciando una foliación y florecencia vigorosas. Él no cesaba de repetirlo: era como nacer dos veces, la segunda por milagro de Dios, en edad de hombre, conservando el recuerdo de la primera encarnación para poder comparar, y apreciar mejor las ventajas de la segunda. >

Pocas veces tenían ocasión de hablarse Halma y su primo en aquellos comienzos de la vida rústica, porque él trabajaba lejos de la casa. Por la noche, después del rosario, ó si cenaban en comunidad, la señora le exhortaba en pocas palabras á seguir en aquel ordenado comportamiento. Esto y los saludos de ritual, cuando por acaso se encontraban en el campo, eran su única relación de palabra. Pero en espíritu, Urrea no la separaba de sí: noche y día pensaba en ella, ó se la imaginaba, transfigurándola á su antojo. Nada más grato para él que apreciar en los actos y expresiones de sus compañeros el gran respeto que la señora les inspiraba. Y de tal modo en él mismo se había fortalecido aquel respeto, que cuando la veía venir, se turbaba como un chiquillo vergonzoso. Y por mucho que se estimara en su nuevo estado de conciencia, cada día sentía crecer la distancia entre ambos, porque si él se elevaba, ella subía desafortunadamente.

No eran pasados quince días de aprendizaje, cuando el novicio recibió por Nazarín órdenes de trasladar su residencia. El buen clérigo peregrino había estado tres días en San Agustín, acabando de extractar el divino libro de la Paciencia, con empleo casi sublime de la suya, y de vuelta á Pedralba, hizo limpieza, sin auxilio de nadie, de los dos aposentos de la torre. Allá

se estuvo toda una mañana, blanqueando las paredes, lavando los pisos de baldosín, y extrayendo como podía cuanta mugre había en los rincones. «Aquí estarás mejor que allá—dijo á Urrea por la noche, dándole posesión de su nuevo domicilio, y mostrándole cama limpia y bien mullida, y los muebles de madera relucientes.—Esto, querido Urrea, lo hago por ti, que estás acostumbrado á la primera de las comodidades, que es el aseo. Aquí la señora nos enseña á ser nuestros propios criados, y yo te doy el ejemplo...

—¡Vaya un ejemplo! Me lo da usted contrario, haciéndose mi sirviente.

—No, bobito. Lo que yo hago esta semana, lo harás tú la próxima.»

Nazarín le tuteaba desde los primeros días, porque era en él añeja costumbre. Poco fuerte en tratamientos, no abandonaba la forma familiar más que ante personas de muchísimo respeto, como la Condesa, don Remigio y otros tales.

«Bueno—dijo el neófito,—yo no veo aquí más que una cama. ¿Acaso tiene usted la suya en ese mechinal de al lado, junto á la escalera de piedra?

—Eso que llamas mechinal es un aposento precioso. Pasa y examínalo. Tiene el suficiente espacio para mi lecho, que es esta tarima forra-

dita en una manta... ¿ves? ¡Qué lujo, qué gala!... y como yo, aquí, no he de dar bailes, no necesito más cabida. ¿Ves? echadito en mi tabla, con la cabeza toco en la pared de acá, y aún me falta una tercia para tocar con los pies en la de enfrente. ¡Y si vieras qué abrigado es esto! Lo que tiene es que en obscuridad compite con la boca de un lobo; pero como yo no estoy aquí durante el día, y de noche puedo encender luz, si quiero, me acomodo tan ricamente. En peores alcobas y camas he dormido yo mucho tiempo.

—Ya lo sé. Por eso está usted como está, y le tienen por hombre sin seso. En fin, si ha de haber penitencias y privaciones, dénmelas á mí, y verán qué pronto las acepto.

—¡Penitencias, privaciones! Dios te las irá mandando cuando menos lo pienses. Por el pronto, ¿no dices que te gustaba la holgada libertad del pajar? Pues fastídate. Ya no vuelves allá. ¡Aquí, en la torre, preso! aguantando mis sermones, si se me ocurre endilgarte alguno, rezando conmigo, sí señor, todo lo que á mí me dé la gana.

—A eso estamos, padre Nazarín; pero en esta casa de la igualdad, debemos alternar en las comodidades, digo, en las mortificaciones. Una noche duermo yo en la cama y usted en la tarima, y á la noche siguiente, cambiamos.

—Eso lo veremos. No hay tanta igualdad co-

mo crees, ni debe haberla. Por de pronto, yo estoy por encima de ti en edad, saber y gobierno, y si te mando dormir en cama blanda, tendrás que fastidiarte.»

Al volver de cenar en el castillo, y antes de recogerse, charlaron otro poco. «Pepe—le dijo Nazarín, sentándose en su tarima,—¿sabes una cosa? Después de cenar, mientras saliste á fumar tu cigarrito, la señora me encargó que te advirtiese...

—¿Qué?

—Nada, no te asustes... ¡Si creerás que es algo de cuidado!... Y si lo es, hijo, yo no lo sé... Pues que te advirtiera que si mañana, ó pasado, vamos, don Remigio y el señor de Amador te dicen alguna cosa desagradable, algo que te lastime, procures no incomodarte. Tú no has aprendido aún á sofocar la cólera, y en eso has de poner mucho cuidado, José Antonio, porque la cólera es pecado muy feo. Ya sabes que cuantos vivimos aquí hemos de ser sufridos, mansos y afrontar con semblante sereno la ofensa, el ultraje mismo. Esto tienes que aprenderlo, Pepe, y probar tu paciencia en la práctica, en la realidad. Si no, estás de más en Pedralba.

—¿Pero qué es eso que me van decir el cura y Amador? ¡voto al hijo de la Chápira!—gritó Urrea, disparándose.

—Temprano empiezas—dijo Nazarín acercán-

dose al lecho en que el otro acababa de tumbarse.—¡Pero, hombre, te estoy amonestando...!

—¡A mí!... ¡decirme á mí!... ¿Pero qué?

—¿Lo sé yo acaso, hijo de mi alma?

—¡Oh! usted lo sabe, padre Nazarín, y si no, lo adivina, porque usted lee en el pensamiento de las personas, y penetra las más recónditas intenciones.

—Que no sé, te digo... Cumpló mi encargo, y me callo. La señora me manda advertirte que, oigas lo que oyeres, no te enfurezcas, ni siquiera muestres enfado. Ella lo manda, Pepe.

—Pues si ella lo manda, antes me vea muerto que desobediente... Pero no sé, querido Nazarín, no sé lo que me pasa. Con lo que usted me ha dicho,... siento que mi sér antiguo rebulle y patatea, como si quisiera... ¡Ay! no se vuelve á nacer, ¿verdad? No muere uno para seguir viviendo en otra forma y sér. Un hombre no puede ser... otro hombre.

—Indudablemente... uno no puede ser otro—dijo el apóstol sonriendo benévolaemente.—No canses tu cerebro con sutilezas. Déjalo descansar en el sueño.

—No podré dormir.

—Rezaremos. Te contaré cuentos. Te arrullaré como á los niños.

—Ni aun así dormiré... Mi tristeza, no sé qué punzante inquietud me desvela.

—Yo no quiero que estés triste, Pepe. Imítame á mí, que siempre vivo en una alegría templada.

—¡Oh, si pudiera...! Y no sólo la tristeza. Páreceme que tengo fiebre. Yo voy á caer malo.

—Si caes malo—replicó el curita manchego, clavando en él una mirada penetrante,—yo te cuidaré... y te salvaré de la muerte.

—¡La muerte...!—exclamó Urrea con abatimiento, cerrando los ojos.—¿Para qué defenderse de ella, cuando es la mejor, la única solución?

—No te cuides tú de tu muerte. Dios se cuidará de eso. Ahora, hijo mío, á dormir.

—A dormir, sí... ¿Usted lo manda?

—Lo deseo...»

Callaron, y poco después Urrea dormía, teniendo por guardián vigilante á Nazarín, el cual, sentado junto al lecho, rezaba entre dientes.

II

Al día siguiente, hallándose el salvaje en la huerta, sintió el trote de un caballo. Creyendo que se aproximaba don Remigio, miró con sobresalto. Pero no; era Láinez, el médico de San Agustín, que iba dos veces por semana á Pedralba, á celebrar consulta para todos los pobres circunvecinos. Habíale ajustado la señora para este servicio, temporalmente, mientras sé

arreglaba la instalación de un médico fijo en la casa, para visitar y asistir á los enfermos de todo el término. Se conocían los días de Láinez en que desde el amanecer asomaban por aquellos vericuetos innumerables personas de cara hipocrática, lisiados y cojos, unos con los ojos vendados, otros con la mano en cabestrillo, éste llevado en un carro, aquél arrastrándose como podía. La consulta duraba toda la mañana, y por la tarde visitaba el doctor, por encargo expreso de la Condesa, á los enfermos que vivían más próximos.

Saludó Urrea costésmente al médico cuando á su lado pasó, y estuvo por preguntarle: «¿Tiene usted que decirme algo por encargo de don Remigio?» Pero como Láinez no hizo más que contestar friamente al saludo, volvió el joven á su trabajo, silencioso y triste: «Vamos á platicar un poquito con la tierra»—se decía, moviendo con fuerte brazo la pala ó el azadón. Y era verdad que hablaban tierra y hombre, él contándole sus penas, ella diciéndole algo de sus misterios impenetrables. Pero como la tierra es tan discreta, que no revela nada de lo que con ella hablan ni los muertos ni los vivos, ignoro lo que se comunicaron hombre y tierra.

Por la tarde, salieron juntos Láinez y Amador. Urrea les miró alejarse, dejando á las caballerías andar al paso. «De fijo hablan de mí»—se

dijo, mirándoles de lejos. Era una corazonada, un rasgo de adivinación de los que no fallan, por misteriosa connivencia de los flúidos que al parecer nos rodean. «Hablan de mí—volvió á decir José Antonio,—y hablan mal. Tan cierto es esto, como que me alumbrá el sol.» Y tornó á contarle sus cuitas á la arcilla, teniendo por órgano á la pala, y al revolver los esponjados terrones, y verlos quebrarse al sol, oía de ellos vaborosas respuestas.

Amador y Láinez, alejándose despacito de Pedralba, hablaban del neófito lo que éste no podía saber ni aun preguntándose al terruño. «Pues verá usted—dijo el paleta hidalgo,—lo que pasó. El señor Marqués de Feramor me mandó á decir con Alonso que si iba por Madrid, no dejase de pasar á verle. Fuí el lunes, como usted sabe, y don Paquito me contó lo escandalizada que está toda la grandeza por haberse colado aquí ese perdido de Urreíta. Allí creen que no viene más que á engañarla, y sacarle el poco dinero que tiene, figurándose religioso contrito, y embaucándola con santiguaciones, y farsas de vida labradora. Yo creo lo mismo, amigo Láinez, porque el tal está tan arrepentido como mi jaco; es hombre de historia sucia, y el primer trapionda de Madrid. Aquí nosotros, los buenos amigos de mi señora la Condesa, los que estimamos y conocemos sus

inminentes virtudes, debemos abrirle los ojos, para que vea el dragón que se le ha metido en casa...

—De eso se trata, amigo Amador—dijo el médico, hombrecillo de figura mezquina, con un bigote atusado y gris, que parecía pegado con goma, ojos mortecinos, cara rugosa, cabeza deforme y con poco pelo en el occipucio.—Don Remigio ha recibido cartas de su tío don Modesto Díaz, y de ello resulta que el tal Urrea es un histrión...

—¿Un qué...?

—Un histrión, que es lo mismo que decir un cómico. Finge sentimientos, estados peculiares del ánimo, hace sus comedias con labia y mímica perfectas, y ahí le tiene usted dando la castaña al lucero del alba... Pues sí señor. No me gustó ese sujeto, la primera vez que le eché la vista encima, y ha seguido... no gustándome. Es uno un poco linco, y ha visto muchas monstruosidades de la materia y del espíritu... Pues verá usted. Hablamos de esto don Remigio y yo... Naturalmente, Remigio es el más abonado para...

—Para llevar el gato al agua.

—Y llamar la atención de la Condesa sobre el culebrón á que ha dado abrigo en su seno—dijo Láinez, quedando muy satisfecho de la figura.—Anteayer, Remigio soltó las primeras puntadas; pero la señora, según él cuenta, le oyó

con disgusto, y tuvo la generosidad, ¡parece increíble! de asegurar que su primo es un hombre de bien.

—¿Sí?... pues no se libra de un sablazo gordo, ó de otra cosa peor... porque ese no es de los que se van sin algo entre las uñas.

—Para mí ha venido con un fin interesado—dijo el doctor mirando fijamente al otro caballero,—y si me apuran, añadiré que con un fin siniestro...

—¡Hombre, tanto no!

—Se verá... Al tiempo.»

Llegados al sitio de separación, se detuvieron para concertar el día y hora en que debían reunirse con don Remigio para convenir en la forma y manera de ilustrar mancomunadamente á la señora de Pedralba sobre punto tan delicado. Puestos de acuerdo, cada cual siguió su camino.

Y dos días después, hallándose Urrea en el monte, vió venir tres hombres á caballo por el sendero de San Agustín. A pesar de la distancia enorme á la cual se detuvieron, su vista prodigiosa les conoció al instante, y el corazón le dió un tremendo vuelco. Con furia insana descargó tremendos golpes sobre el tronco del árbol que partiendo estaba, y el leño, en el gemido que parecía exhalar al recibir el hachazo, le decía: «Hablan de ti, y hablan mal.»

Urrea les miraba, suspendiendo á ratos su tarea para volver á ella con terrible impetu muscular, y le decía al tronco: «En tu lugar quisiera coger á los tres.» Observó que cerca de la finca, los jinetes se detenían, cual si tuvieran algo importante que discutir y concertar antes de meterse en Pedralba.

Don Remigio, alzándose nervioso sobre los estribos, y tan poseído de su asunto como si en el púlpito estuviera, les dirigió esta retahíla, que más bien arenga ó sermón debía llamarse: «Señores y amigos, la cosa es grave, y es nuestro deber acudir prontamente al remedio, auxiliando con desinteresado consejo á la persona que tantos bienes ha traído á esta mísera tierra. Evitemos que las intenciones de la santa Condesa sean defraudadas por un libertino. Si yo le hubiera conocido cuando por primera vez llegó á San Agustín, habríale cortado el paso de Pedralba... ¡Ah, conmigo no se juega! Pero yo estaba en la mayor inocencia respecto á ese caballere, y le agasajé en mi modesta casa, y le traje aquí. En la misma inocencia candorosa vivían ustedes, mis buenos amigos, hasta que al fin, los tres, por noticias fidedignas, hemos caído á un tiempo de nuestros respectivos burros. Ahora bien...

—Permítame un momento el señor cura—dijo Amador, acordándose de una idea que debía ser agregada á los autos.—Una palabra nada

más: lo que tiene indignado al señor Marqués, á la familia, y á todos los títulos de Madrid, es que, habiéndole dado á doña Catalina su legítima sin merma ni descuento... Porque han de saber ustedes que parte de la tal legítima había sido consumida por la señora allá en tierras del Oriente. Pues bien: el señor Marqués, por darle gusto á don Manuel Flórez, que era un alma de Dios, no quiso descontar los suplidos, y entregó á su hermana el total de la herencia, ó sean cuarenta mil y pico de duros, creyendo que iba á ser empleado en obras de la religión bendita... ¿Qué resultó? Que á los pocos días de entregarle el caudal, este pillo de Urrea le sacó un *óbolo* de cinco mil duros... Lo que digo, la Condesa es un ángel, y como ángel no debiera andar suelto. Opino yo que á los ángeles...

—Ya sabíamos lo de los cinco mil duros—dijo don Remigio, anhelante de recobrar la palabra.—Lo que ustedes no saben es que poco antes de venir la señora á Pedralba, ese aventurero le proponía una contrata para traer acá las cenizas del Conde de Halma, encargándose él de todo por otros cinco mil pesos.

—Es un punto terrible—indicó Amador.—El Marqués dice, y tiene razón: «doy mis intereses para el cultivo de la fe y el fomento de la caridad, mas no para que un perdido se ría de Dios, de mi hermana y de mí».

—Muy bien dicho—prosiguió el cura, cogiendo la palabra con propósito de no soltarla más.—Pues yo, que por añeja costumbre dialéctica, me voy siempre derecho á las causas, y cuando veo un mal, busco el origen para atacarle en él, lo mismo que hace Láinez con las enfermedades, en este caso, advirtiéndome que corren sucias las aguas, me voy al manantial, y... en efecto, allí veo... En fin, señores, que todo lo malo que advertimos en Pedralba, proviene de los vicios de origen, de la defectuosa fundación. La idea de la señora Condesa es hermosa, pero no ha sabido implantarla. La primera deficiencia que noto aquí es que no hay cabeza. Y esto no puede ser. Para que la institución marche, y se realice el santo propósito de la Condesa, es preciso que al frente del establecimiento haya un director, y para que tenga mucha autoridad, conviene que el tal director sea un eclesiástico. Declaro que no tendría yo inconveniente en desempeñar la plaza, á pesar del mucho trabajo y responsabilidad que puede traer consigo. Procuraría dar ejecución práctica y visible á las ideas, á los elevados sentimientos de caridad de la santa señora, y, modestia á un lado, creo que no me sería difícil conseguirlo... Redactaría constituciones, en las cuales derechos y deberes estuvieran muy claros. Marcaría la raya entre lo espiritual, *prima*

facies, y lo temporal, que es lo secundario... Daría denominación al instituto, estableciendo un distintivo, el cual podría ser una cruz ó varias cruces, de éste ú el otro color, que yo llevaría cosidas en mi manteo... y si no yo, quien quiera que aquí mandase con el nombre de Rector, Mampastor, ó Guardián... Pero si es mi propósito convencer á nuestra amiga de la necesidad de una dirección, no está bien, ya lo comprenden ustedes, que yo á mí mismo me proponga para ese modesto cargo. Y no es ambición, constante que no es ambición: en último caso sería sacrificio, y de los grandes; pero á esas estamos. De modo que si la señora, por inspiración divina, admite mis razones, y me designa, no tendré más remedio que bajar la cabeza, con beneplácito del señor Obispo, y mientras Su Ilustrísima no creyera conveniente disponer de mi inutilidad para una parroquia de Madrid.»

Asintieron los otros dos con monosílabos. La cara de don Remigio echaba chispas.

III

«Pues si el señor cura me promete no enfadarse—dijo Láinez después de una pausa, en la cual se aseguró bien de sus ideas,—me permitiré manifestarle que si apruebo lo de la dirección, pues sin dirección, ó llámese cabeza, no

hay nada, no estoy de acuerdo con que el director sea sacerdote. Que haya un eclesiástico, ó dos, ó veinticinco, para lo pertinente al gobierno espiritual, muy santo y muy bueno. Pero, ó yo no sé lo que me pesco, ó la señora Condesa ha querido fundar un instituto higiénico, hablando más propiamente, un sanatorio médico-quirúrgico, con vistas á la religión.

—¡Hombre!

—Déjeme seguir: El socorro de la indigencia, el alivio del dolor humano, la asistencia de los enfermos, la custodia de los locos, la práctica, en fin, de las obras de misericordia, da una importancia desmedida al *elemento* médico-quirúrgico-farmacéutico. Yo soy muy práctico, reconozco la importancia del *elemento* sacerdotal en un organismo de esta clase; es más, creo que el tal *elemento* es indispensable; pero la dirección, señores, opino, respetando el parecer del señor cura, opino, entiendo yo... que debe ser encomendada á la ciencia.

—¡Hombre, por Dios, no sea usted...!

—Permítame...

—No, si no es eso. Equivoca usted los términos...

—Vaya, hombre! Yo concedo...

—¡La ciencia! Medrados estaríamos...

—Yo concedo...

—Distingamos, señores...»

Y un rato estuvieron los tres quitándose uno á otro la palabra de la boca, y tiroteándose con pedazos de expresiones.

«Yo concedo—dijo Láinez, consiguiendo al fin acabar una frase,—que la piedad, la fe sean el corazón de este organismo; pero la cabeza no puede ser más que la ciencia.

—¡Potras corvas! que alguna vez me ha de tocar á mí—gritó Amador furioso, viendo que don Remigio rompía nuevamente, y que no había manera de atajarle.—¡Digo yo, ó no digo mi parecer? Porque si ustedes se lo pñlan todo, ¡caracoles! estoy aquí de más... Pues entro en el ajo como tercero en discordia, y digo que los señores *propinantes* barren para dentro, cada cual mirando por su casa y oficio, éste para la Iglesia, éste para la Facultad. Pues yo digo que ni lo *juno* ni lo *jotro*, ¡caracoles! y que la dirección debe ser administrativa, lo dicho, administrativa. Porque aquí lo primero es asegurar la olla para todos, y no se asegura la olla sino trabajando la tierra, y sabiendo después cómo se distribuye el fruto entre éstas y las otras bocas. Bueno que tengamos el *elemento* tal,... religión, bueno; el *elemento* cual,... medicina, bueno. Pero para que éstos puedan concordarse y vivir el uno enclavijado en el otro, se necesita del *elemento* primero, que es el trabajo, el orden, la cuenta y razón, la labranza de la tierra, y esto